

puede menos de ser veraz, es imposible que haya querido engañarnos; luego también los cuerpos existen.

Así el gran dubitador partía de un acto de fe; pero dejó de observar la conciencia desde que descubrió en ella solo el pensamiento, sin fundar al propio tiempo la autoridad de la conciencia y de la razón pura. Divulgó la teoría de Galileo, que decía que las propiedades secundarias de los cuerpos estaban solo en el sujeto, y colocó la esencia de los cuerpos en la extensión, por donde se ve que erró por no observar que en todas nuestras sensaciones, aunque subjetivas, hay siempre una parte fuera del sujeto. Los argumentos que Descartes empleó para las cualidades secundarias, los empleó a su vez Bayle para demostrar que las primarias eran subjetivas, y entre ellas estaba la extensión. Haciendo uso de un argumento *ad hominem*, dijo: «La extensión no es percibida por nosotros sino mediante una sensación: la sensación es subjetiva, luego lo es también la extensión.» Partiendo de aquí Kant no tuvo ya que inventar sino el título de *forma del sentido externo*, para significar la aptitud que posee el sujeto para percibir el espacio. Mas como lo que principalmente se busca en los inventores es el método, el cual sobrevive aun a su vieiosa aplicación por Descartes el ejemplo de que podía deducirse toda la metafísica de un dato psicológico, trataron sus sucesores de observar más detenidamente la conciencia, a fin de no sacar deducciones sino después de haber reconocido todas las creencias que tienen un carácter de necesidad igual al de la existencia del pensamiento. Esto fue lo que emprendieron los Escoceses, que si bien no inventaban nada, destruían los errores antiguos, y aunque negaban como Locke, lograron establecer mejor que él algunas afirmaciones.

Pareciéndole a Kant débil la argumentación de la filosofía escocesa, volvió a tomar el problema del conocimiento en el punto en que Berkeley y d'Alembert lo habían dejado, y estableció ante toda otra cosa la necesidad de construir una ciencia que explicase la posibilidad de la experiencia externa. ¿Deberían formar esta ciencia únicamente las nociones que suministra la experiencia, ó existirán por ventura otras nociones independientes de la sensación y producidas tan solo por el entendimiento? Locke había admitido estas últimas. Condillac mismo convenía en que por los hechos no es posible darse razón del origen del conocimiento, y tan cierto es esto, que partía de hipótesis para llegar al raciocinio, con lo cual a pesar suyo significaba que la ideología debía establecerse *a priori*, y dirigirse a la experiencia interior no menos que a la exterior. Leibnitz, despreciando la filosofía vulgar, rechazó la tabla rasa de Locke, y pensó que la sensación nace de la fuerza íntima del alma, y que en el alma existen percepciones de que ella no tiene conciencia. Si en el alma hay ideas compuestas, dice, también las hay simples, y a estas unidades primitivas intituló mó-

nades. Una sustancia simple no puede recibir del exterior ni otra sustancia, ni un accidente: el alma es una mónade, luego no puede recibir nada de lo exterior, y la sensación no es más que un cambio que el alma produce en sí misma por medio de una fuerza extrínseca. Esta es la *fuerza representativa*, razón suficiente de las sensaciones, y esencia y naturaleza del alma. De la existencia de esta fuerza se sigue que el alma debe tener sensaciones, pero no que deba tener una sensación más bien que otra. Dios creó el alma dispuesta de tal modo que de su fuerza representativa nace una serie de representaciones, cada una de las cuales tiene su razón suficiente en la representación anterior; con lo cual determinó Dios la serie completa de los estados de cada alma. Por lo tanto, mientras los demás lo negaban todo suponiendo al alma una tabla rasa, Leibnitz le daba demasiado, dendiéndolo todo de su naturaleza.

Kant, siguiendo a Locke, profesó la doctrina de que todos nuestros conocimientos provienen de la experiencia (1); pero vió que Locke no había examinado si esta experiencia es posible cuando el espíritu recibe únicamente sensaciones, y aseguró que el conocimiento *a priori* es necesario y universal. La lógica se consolidó cuando sus reglas se hicieron independientes de las aplicaciones. Las matemáticas progresaron, cuando en ellas se buscaron las propiedades constantes, y del mismo modo la metafísica no podrá constituirse hasta tanto que sus leyes no se consideren independientemente de su objeto. Kant hizo, pues, dirigir al sujeto de la conciencia las investigaciones que hasta entonces se habían dirigido al objeto, y a la manera que Copérnico, cuando no podía explicar el mundo haciendo girar los cielos al rededor del hombre, hizo girar al hombre al rededor del sol. Lo primero que hay que hacer, pues, es dirigir la crítica sobre el instrumento propio de la inteligencia.

En toda proposición hay un elemento general, lógico, y elementos particulares, variables y accidentales. Al decir *este asesinato*, se supone que ha de haber un matador y una víctima; podrán variar cuanto se quiera las circunstancias, el arma, etc., pero subsisten siempre el dogma general de que todo asesinato proviene de un asesino, y el más general todavía de que todo accidente tiene una causa. Este elemento general constituye, según Kant, *la forma*, y los otros particulares *la materia* del conocimiento. La materia la suministra el mundo exterior; la forma no; luego esta nace del interior, del sujeto. De aquí la división de los conocimientos en *subjetivos* y *objetivos*. Mas no entrando la materia en el conocimiento real sino por medio de la forma, no podemos conocer lo objetivo sino por medio de lo subjetivo. Para el estudio, pues, conviene partir del pensamiento, de la

(1) La crítica de la razón pura comienza con un dogma que está muy lejos de ser crítico: *No hay duda de que todo nuestro saber empieza por la experiencia.*

forma, no de lo objetivo; con lo cual la metafísica cambia de punto de partida, y caen por su base el sensualismo y la ideología, porque proceden de la materia a la forma, del objeto al sujeto, del ser al pensamiento, de la ontología a la psicología.

Rey había visto que el conocimiento *a priori* no depende enteramente de las sensaciones, sino que suele suscitarse en nosotros con ocasión de estas. No averiguó cómo esto se verifica, al paso que Kant tomó de aquí su punto de partida y comprendió que los objetos no solo son un agregado de sensaciones, sino de estas (*materia*) y de cualidades que corresponden al espíritu (*forma*). El elemento material de la sensibilidad son las sensaciones, y el elemento formal el tiempo y el espacio, formas generales de nuestras percepciones. El entendimiento reúne los materiales que le suministra la experiencia, mediante las cuatro *categorías*, ó sean formas de la unión de la materia con las ideas independientes de la experiencia, con las cuales y con las dos formas de las intuiciones sensibles tenemos los principios constitutivos del entendimiento. Nuestra mente, ó divide la idea en muchas partes (*análisis*) ó reconstruye con estas partes la idea (*síntesis*). Por medio de los juicios *analíticos* atribuimos al sujeto un predicado esencialmente inherente al mismo, como cuando decimos: *El triángulo es una figura de tres lados*; y por medio de los juicios *sintéticos*, el predicado representa algo más de lo que concebimos como esencial en el sujeto, cual acontece en esta otra proposición: *el cielo está sereno*.

Ahora bien, como empieza el juicio en nuestra mente, el juicio analítico presupone ya hecho el sintético, porque no se descompone sino lo que está compuesto. Examinando Kant atentamente los juicios sintéticos, halló que algunos de ellos se refieren a la experiencia (*empíricos*) y que otros se hacen *a priori*. La formación de los primeros no presenta dificultad; pero a los segundos les falta el apoyo de la experiencia. ¿De dónde proceden, pues, los predicados de esta especie de juicios? Los sentidos no nos los suministran; luego es forzoso deducirlos de nosotros mismos y creer que poseemos una energía prodigiosa, de la cual emanan los predicados específicos de los objetos. Existiendo en nosotros *a priori* estos predicados, han de ser necesarios y universales.

La filosofía debe dedicarse a enumerarlos, pues sin ellos no existirían los objetos que percibimos, y a describir de qué manera los aplica nuestra mente a las cosas, formando de ellos los objetos de sus conocimientos. Conviene, pues, emprender la crítica general de la *razón pura* ó teórica, de la *razón práctica* y de otra tercera razón que enlaza la primera con la segunda. En cuanto a la primera, debe distinguirse en la sensibilidad la *materia* que proporcionan los sentidos y la *forma* anterior a la experiencia, pues para producir las ideas no basta la sensibilidad pasiva, sino que es preciso una

operación activa del entendimiento que puede llamarse espontaneidad.

Reunidas las intuiciones para formar las ideas, el entendimiento reúne las ideas para producir los juicios. Ahora bien, todos los juicios se refieren ó a la *cantidad*, ó a la *cualidad*, ó a la *relación*, ó a la *modalidad*; y de estos cuatro modos fundamentales nacen doce categorías, que son: unidad, pluralidad y universalidad; realidad, negación y limitación; sustancia y accidente; causalidad y dependencia; acción y reacción; posibilidad, existencia, necesidad y sus contrarios. Tales categorías, ideas puras, las cuales unidas a las visiones de la sensibilidad por un mediador que es el tiempo, componen el objeto del pensamiento, según el cual se disponen todos los juicios, no provienen de la experiencia, sino que son leyes universales de la inteligencia.

El acto que da a los juicios unidad es el raciocinio, por el cual obra la razón, distinta del entendimiento, y cuya función consiste en buscar la condición absoluta, con la que dadas las premisas se deducen las consecuencias. Y así como hay tres formas generales de raciocinio, la categórica, la hipotética, la disyuntiva, del mismo modo otras tres ideas establecen la condición absoluta de la unidad para cada forma de raciocinio. Pero ninguna de estas ideas puede venir de la experiencia, la cual no corresponde más que a los fenómenos y no representa nada absoluto ó general. Tales nociones, pues, las tenemos *a priori*, y cuando se la considera en ellas la razón es *pura*.

En una palabra, el conocimiento humano consta de un elemento empírico y otro que se deriva de la inteligencia; las nociones de la razón pura no tienen ninguna realidad objetiva, pues aquella obra, no sobre las intuiciones, sino sobre las formas de los juicios producidos por el entendimiento. De la razón salimos cuando queremos, por medio de estas nociones, para buscar existencias fuera del mundo sensible, mientras el límite del conocimiento humano es la experiencia; lo mismo sucede cuando no nos valemos solamente de las nociones de la razón para ordenar nuestro juicio, sino que queremos aplicarlas a los datos de la experiencia, de donde nacen las antinomias. Las leyes que llamamos de la naturaleza son las de nuestra inteligencia que esta impone a aquella (1).

(1) En el cuadro siguiente puede compararse a Kant con sus predecesores:

Locke dice:	La primera operación del entendimiento es la <i>análisis</i> .
Los ideólogos dicen:	La primera operación del entendimiento es la <i>síntesis</i> : esta no combina sino las sensaciones.
La filosofía trascendental:	La primera operación del entendimiento es la <i>síntesis</i> ; y no solo combina las sensaciones, sino también algunos elementos subjetivos que existen en nosotros independientemente de los sentidos.
CONDILLAC:	Todo el saber humano se deriva de las sensaciones.

Kant, que como verdadero revolucionario desprecia á sus enemigos, tiene el mérito de haber distinguido mejor que ningun filósofo moderno la sensibilidad de la inteligencia, la intuición de las ideas, y de haber conocido que todas las operaciones del entendimiento pueden reducirse á juicios, y que por lo tanto lo primero es investigar las funciones de este. Locke, al ver que algunas ideas, se derivan de las sensaciones, dedujo que las sensaciones eran la fuente de todas las ideas; Kant, por el contrario, observando que algunas no pueden derivarse de la sensación, dedujo en general que no emanan de los sentidos. Con el primero se llega á la negación de toda vida intelectual que salga de la esfera de los sentidos, y se va directamente al materialismo; Kant operó una poderosa reacción, y mientras los enciclopedistas decían: *Tocad, comparad, juzgad*, él reconoce una revelación de la conciencia, independiente de los sentidos, y que si bien todas las ideas nacen con motivo de la experiencia, esta no basta para explicarlas todas, y pueden ser resultado de la reflexión del espíritu sobre sí mismo.

Pero puede preguntarse á Kant si en efecto se forman juicios sintéticos *a priori*, esto es, juicios en que el predicado no se saque de la experiencia. Á la verdad, los ejemplos que pone no son de esta naturaleza (1); por lo cual, faltando el supuesto, quedaba errónea la solución que daba al problema general de la filosofía, á saber: que son posibles los juicios sintéticos *a priori*.

Tampoco es cierto que las cuatro categorías sean condición de la percepción intelectual, cuando no son sino condiciones de la existencia de las cosas externas, pero aun admitiendo las categorías quedaba por explicar la naturaleza

KANT :	Todo el saber humano comienza por las sensaciones, pero no todo se deriva de ellas.
LEIBNITZ :	Hay nociones <i>a priori</i> que tienen architipos conformes á ellas.
KANT :	Hay nociones <i>a priori</i> : estas no tienen architipos, á los cuales sean conformes, sino que son simples formas sin valor real.
LEIBNITZ :	Las verdades necesarias contienen la razón determinante y el principio regulador de las existencias, es decir, las leyes del universo.
KANT :	Las verdades necesarias contienen las condiciones formales de la experiencia: y son las leyes, no de las cosas en sí, sino de los fenómenos. Las cosas en sí (noumenos) no pueden conocerse ni <i>a priori</i> ni por datos adquiridos. El orden <i>a priori</i> es puro ideal: es el orden de los fenómenos constantes, los cuales combinados con los pasajeros y accidentales de la sensación, constituyen los fenómenos complejos de los cuerpos y del yo y la naturaleza fenoménica. Fuera de esta última las verdades necesarias no tienen valor.

(1) Rosmini lo demuestra hasta la evidencia. Véanse nuestros documentos de filosofía, n.º XXVIII.

de la percepción intelectual, á saber: el cómo es posible la relación de identidad entre la cosa particular en el objeto y la cosa universal en la mente. Kant, pues, con apariencias de original no hizo mas que desenvolver la teoría de Rey; y como este, no supone nada innato en el espíritu; pero admite en él una energía creadora del mundo exterior, sujeta á leyes indeclinables. Pretendía haber refutado el ideísmo de Berkeley; pero en realidad no hizo mas que traspasarlo de los sentidos á la inteligencia, pues que si el objeto de las sensaciones le proporciona nuestro espíritu, caemos en un ideísmo universal que hace al hombre incapaz de toda certidumbre.

Negando Hume la idea de causalidad, declaraba implícitamente ser imposible la metafísica como ciencia. Kant aceptó esta decisión, restringiendo la ciencia humana á los límites de la experiencia; pero añadió que la metafísica existe de hecho como propensión natural de nuestro espíritu, pues al ver el encadenamiento de los fenómenos, nos sentimos naturalmente inclinados á investigar si el mundo tuvo principio, si tiene límites con relación al espacio, si existen cuerpos indivisibles. Á semejantes cuestiones no da resolución ninguna la experiencia, siendo por lo mismo indudable que el espíritu humano propende á traspasar los límites que aquella le designa. Ciertamente es también que la razón, al resolver estos problemas, llega á conclusiones contradictorias.

¿De dónde nace, pues, la *ilusión trascendental* que obliga á la razón á establecer una realidad fuera de los límites del mundo sensible? ¿De dónde el conflicto de la razón consigo misma, para deducir una vez que el mundo es limitado, y otras que no; ya que es eterno, ya que es temporal?

Al llegar á este punto, inquiere el filósofo de Königsberg el origen de la metafísica natural. Si la razón es la facultad de deducir de principios generales consecuencias particulares, la ilusión de todo raciocinio puede considerarse como cosa condicional, por cuyo medio nos remontamos á un principio que es consecuencia de otro raciocinio, y así sucesivamente hasta llegar á un principio absoluto ó incondicional, fundado en la esencia de la razón misma, y que sirve luego de fundamento á toda unidad. Este es un principio sintético *a priori*: de donde se sigue que, si como nosotros pretendemos se niega la existencia de tales juicios, cae por su base toda la metafísica del criticismo.

La inteligencia, como facultad trascendental, puede definirse: la *facultad de las ideas*; y la razón la *facultad de lo absoluto*. Kant determina en seguida los varios raciocinios categóricos, hipotéticos ó disyuntivos, por los cuales decuce la idea *psicológica* del yo, la *cosmológica* y *teológica*, deduciendo que todos se fundan sobre paralogsismos trascendentales, por los cuales se llega desde el concepto á la cosa en sí, elevándose la razón desde aquí á la experiencia: doctrina que conduce al error, del cual

solo podremos apartarnos, si en vez de concederle que la sustancia sea una categoría, la creemos una cosa en sí y admitimos también la infalibilidad del sentido íntimo, el cual nos indica al yo como una sustancia, y que es real y absoluto el principio de que no hay efecto sin causa.

No ofreciendo la sensibilidad mas que meras percepciones, la excluye Kant del campo de la filosofía, con lo cual la razón pura se resuelve en meras posibilidades. Quedan, pues, destituidas de valor real las ideas de Dios, de alma, de bien y de mal, superiores á la esfera de la experiencia. Huyendo de estos resultados, tuvo Kant que apelar á la naturaleza y rechazar las consecuencias de su propio sistema, reedificando con la fuerza de la voluntad lo que destruía con la fuerza de la razón. Recurrió, pues, á la razón práctica, que tiene por objeto el bien y el mal, y despues de haber proscrito lo absoluto en la esfera de la inteligencia, trató de establecerlo en la esfera de la moral. Las determinaciones de la voluntad dependen de un elemento material y de otro formal, esto es, de motivos que obran en la sensibilidad, y de motivos desinteresados, relativos tan solo á la razón pura, que se reducen á este *imperativo categórico*: «Atemperémos nuestras acciones» á una norma que pueda considerarse como ley general de los seres racionales. Á esta proposición se unen tres postulados: la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. Si el hombre no fuese libre, no podría atribuir sus actos sino á las circunstancias. El hombre debe tender hácia un ideal de virtud superior al empirismo de los placeres, lo que implica un progreso perpétuo, no efectuable sino con la inmortalidad. El objeto supremo del hombre no es la felicidad, para la cual hubiera bastado el instinto, sino la virtud: ahora bien, la armonía entre esta y la felicidad supone una causa independiente de la naturaleza y dotada de inteligencia y voluntad, esto es, Dios.

Los principios de la razón práctica y de la teórica permanecerían separados si el hombre no poseyese una facultad particular para aplicar al mundo de la naturaleza los conceptos del mundo de la libertad. Esta es la facultad de juzgar, que tiene dos modos, pues ó considera la concordancia de los medios en la forma de las cosas, para producir un sentimiento de placer y es *estética*, ó la considera solo lógicamente para obtener el conocimiento de las cosas, y es *teológica*. La crítica del juicio estético es la teoría de lo bello, esto es, del sentimiento de la concordancia entre la imaginación y la inteligencia, y la teoría de lo sublime, que es el sentimiento de nuestra impotencia para abrazar con la imaginación las ideas que nos presenta la razón. La crítica del juicio *teológico* contiene la teoría de la naturaleza segun la relación de los medios con los fines.

Por este medio juzgó Kant que podría suplir la imperfección de los métodos anteriores; y

queriendo combinar el principio sensualista de Bacon con el idealista de Leibnitz, distinguió mejor que todos los filósofos modernos la sensación del entendimiento, la intuición de las ideas, y observó que todas las operaciones del entendimiento pueden reducirse á juicios, por lo cual conviene ante todas cosas investigar las funciones del juicio. Dió á la exposición de su doctrina una forma extravagante, plagada de neologismos y de fórmulas que hablan solo á la fría razón; pero en sus rigurosas análisis, ántes que tranquilo indagador de la verdad, se nos presenta como un entusiasta que quiere pasar por hombre extraordinario; como un orgulloso que se considera muy elevado por encima de la mísera humanidad, juguete de la ilusión y del acaso. En vano presumió abatir con su crítica el verdadero escepticismo. Colocando exclusivamente la legislación suprema de la naturaleza en las facultades de nuestro entendimiento, vaciló; que no bastan estas facultades para alcanzar el conocimiento de las causas y de los efectos, reservado á la intuición experimental.

Leibnitz dijo, y la filosofía de la historia lo confirma, que la mayor parte de los sistemas tienen razón en cuanto á las cosas que aseguran y se equivocan solamente en lo que niegan. Esto sucede precisamente con Kant. Hombre de agudísimo ingenio, por muchos admirado y por muy pocos leído, falso en el conjunto de sus doctrinas, prestó grandes servicios á la causa de la verdad con sus muchas y elevadas miras, alejando á los filósofos del mezquino empirismo, y dirigiéndoles la atención hácia los elementos simples y trascendentales de los conocimientos humanos.

También ejerció en la historia la agudeza de su ingenio, afirmando que al cabo llegará á reconocerse que el hombre es el centro del sistema moral. Admitía, pues, una ley, un destino en todas las cosas, y con mayor razón en el hombre, cuyas predisposiciones naturales deben desarrollarse completamente para alcanzar un fin, no individual, sino propio de toda la especie, pues mientras los individuos perecen, la especie subsiste inmortal y se va aprovechando de las mejoras que cada generación lleva á cabo. El problema de mayor importancia para el hombre es establecer una sociedad civil y general que mantenga el derecho y la libertad individual; y se podría extender una historia universal con arreglo á un diseño de la naturaleza, encaminado á asegurar la creación de una sociedad civil perfecta. Kant determinó también los límites de la jurisprudencia y de las ciencias sus afines, é introdujo en la primera los principios formales; pero los sofismas propios de su época y sus creencias protestantes lo condujeron á establecer el sistema de la fuerza, ó sea un estado social en que el ejercicio de los derechos individuales esté refrenado de manera que nadie pueda dañar al prójimo. Tiranía ferocísima é imposible.

La filosofía de Kant no fué conocida en su patria hasta que los periódicos comenzaron á ensalzarla, contribuyendo á ello principalmente Reinhold, que substituyó á la fraseología técnica de este filósofo un lenguaje mas popular é inteligible. Desde entónces siguió sus huellas una turba de filósofos, exagerando los defectos de su sistema: profesando criticismo, convirtieron muchos en dogmáticos, é intentaron analizar todas las funciones, y menospreciando la experiencia se abandonaron á ridículas hipótesis trascendentales acerca de materias que concibe intuitivamente y con toda claridad el entendimiento humano.

Kant habia declarado que desconocemos las cosas en sí; otros negaron que existiese cosa alguna fuera de la experiencia humana, y se miró como un gran descubrimiento el de la *gran nada*. Otros por el contrario quisieron deducir del espíritu humano lo que está mas allá de lo conocible. Si Kant se lisonjaba, á pesar de su crítica, de establecer un cálculo duradero acerca de las facultades del espíritu humano, sus discípulos determinaron sin preparacion los límites del espíritu, echando los cimientos de ciencias que aun estaban por nacer, y señalando un punto, mas allá del cual no le era dado aspirar al hombre. El maestro habia introducido términos nuevos para expresar ideas nuevas: los discípulos redujeron la filosofía á expresiones técnicas, arrebatando así al pueblo ciencias que son del pueblo. El uno era erudito; los otros vilipendiaron la erudicion queriendo sacarlo todo de su propio cerebro, y generalizando el estudio enciclopédico á expensas del clásico.

Preguntándose Kant á sí mismo: *¿Cómo podemos conocer?* dió origen al criticismo; y con la otra pregunta de *¿qué cosa es lo que es?* echó los cimientos del dogmatismo. A esta última pregunta Kant solo habia contestado encerrándose en la duda; pero Fichte (Juan de Ramenau en Lusacia), respondió: *El yo*; y por medio de un nuevo sistema intentó reducir á la unidad la materia y la forma, explicando la relacion que existe entre las representaciones y los objetos. El hecho de llegar Kant por última consecuencia á la negacion, manifestó que nuestra inteligencia es limitada é impotente, por lo cual es preciso recurrir á una razon superior que penetra las verdades esenciales de las cosas y que no induce sino que construye el pensamiento. En Kant desaparece toda realidad, excepto los tipos y las ideas, en medio de los cuales aparece el *yo* representativo. Este *yo* fué considerado por Fichte como el único verdadero absoluto, de modo que la psicología se cambió de pronto en ontología. De aquí su *Doctrina de la ciencia*, donde sostiene que la conciencia y sus objetos, la materia y las formas son producidas por un acto del *yo* y reunidas por la reflexion. Manifestó Fichte que conocia los defectos del *criticismo*, pero á su vez pretendiendo explicarlo todo dejó muchas cosas por resolver, y las leyes lógicas sobre que se

Fichte.
1762-
1814.

apoya y que son formas del pensamiento, no sirven tampoco para llevar á nuestro entendimiento hasta conocer la existencia real y la esencia del sugeto ó de un objeto. El sistema de Fichte es, pues, el último complemento del de Kant; porque desembaraza una idea nueva de las reservas y contradicciones en que el sentido comun la habia envuelto desde el principio en este último sistema; pero con su artificiosa dialéctica rechaza el sentimiento de la realidad.

Su moral renueva la de los estóicos, exponiendo elocuentemente las ideas del deber puro y de la abnegacion. Obrar es el tema continuo de la filosofía de Fichte; por lo tanto rechaza el formalismo de las escuelas, velo con que muchas veces se cubre lo vacío del fondo y se apodera de las cuestiones capitales desdeñando tambien estas, mientras se hallan en estado de especulacion. Así, pues, este estóico patriota, creyendo únicamente en el alma, construyó sobre la independenciamental toda la moral y toda la política. Da á la filosofía el nombre de teoría de las ciencias, base de todas las ciencias, la cual por tanto debe tener: 1º un principio cierto, absoluto, inmediata garantía de ella misma y de todos los conocimientos humanos; 2º una forma sistemática que sirva de tipo á toda ciencia. La ciencia del *yo* consiste en tener conocimiento de sí mismo, por lo cual con el acto de su propio conocimiento se crea á sí mismo, y por consecuencia piensa en lo que no es él, esto es, en el mundo exterior y hasta en Dios. En vez, pues, de partir del hecho de la conciencia, Fichte parte de la actividad del pensamiento que se repiiega sobre sí mismo. Por donde se ve que este filósofo confunde lo activo con lo pasivo en una sola esencia y que hace pasivo lo activo, y vice versa.

Este *ideismo* trascendental, especie de puente entre el idealismo subjetivo de Kant y el idealismo objetivo de Schelling, elevó la mente de los filósofos á los problemas mas sublimes del mundo espiritual; pues mientras el siglo habia estado sumido en la materia, Fichte presentó como única verdadera la vida del espíritu. De aquí nació cierta confianza, ó por mejor decir, cierta osadía de la razon humana enorgullecida con el poder que la imaginacion intelectual atribuye á nuestro espíritu; osadía que se reveló con una magnificencia algun tanto ridicula, cuando Fichte, *Mesías de la razon pura* (1), se despidió un dia de sus discípulos diciéndoles desde la cátedra: *En la próxima conferencia me propondré crear á Dios*.

No se detuvo aquí el movimiento, y Schelling no contento con estudiar á fondo la facultad de conocer como Kant, quiso alcanzar el conocimiento de las ideas engendradas por aquella facultad. Kant habia dicho que solo la razon es cierta y todo lo demás dudoso. Fichte dedujo

(1) Así lo apellidó Jacobi en una preciosa refutacion de su doctrina.

de aquí que la existencia del mundo depende en un todo del espíritu humano, y que la razon crea lo que concibe. Schelling despues sostuvo que si el pensamiento produce todo cuanto comprende, los entes no existen sino en conformidad con el pensamiento, y el mundo es idéntico á la inteligencia, de modo que la filosofía natural tiene por tipo la filosofía de la inteligencia humana. Para demostrar esta doctrina empleó el doble poder del método y de la imaginacion, la física y la poesia. Por último, Hegel buscando el absoluto de las cosas, cuyo conocimiento es el objeto de la ciencia, lo define, lo que es en sí, por sí ó para sí, identificando de este modo el objeto y el sugeto.

De la escuela de Kant, como en otro tiempo de la de Sócrates, nacieron otras muy diferentes entre sí. Á la pregunta *¿Qué es lo que existe?* Kant dió por única respuesta la duda; Fichte respondió, *El yo*; Schelling, *El yo y el no-yo identificados*, inclinándose mas, sin embargo, al *no-yo*, esto es, á la naturaleza, y por consiguiente al panteísmo. Mas como no era posible conciliar la identidad absoluta, algunos filósofos reprodujeron otra vez el dualismo de Kant; cuales dando la preferencia á la parte material de Oken, cuales á la intelectual con Hegel. Kant sostuvo que la idea se afirma solamente á sí propia; Fichte añadió que solo la idea afirma al ser; Schelling, que el ser produce al ser, y Hegel, finalmente, que la idea es el ser, cayendo así en el panteísmo, cuyas consecuencias, no disimuladas por sus discípulos, destruyen la moral y sublevar el sentido comun, que invoca ya la vuelta á mas sanos y sólidos principios.

CAPÍTULO XXIV

España.

Felipe V.

La España que un tiempo estuvo á la cabeza de las naciones, se habia quedado ya muy detras de ellas. Felipe V de Borbon, envuelto en las guerras acacidas á principios del siglo y obligado á secundar la política de su abuelo, habia detenido la decadencia; pero no habia dado principio á la restauracion. La intolerancia hacia derramar sangre todavía, y en 1725 trescientos sospechosos de profesar el islamismo fueron apresados en Granada por el Santo Oficio, despojados de sus bienes y condenados á prision ó confinamiento; en el año de 1732 se renovó el edicto que obligaba en conciencia á denunciar á todo el que se inclinase á profesar la religion judaica, mahometana ó luterana, ó tuviese pactos con el diablo: en tiempo de Felipe, Málaga solo presentó cincuenta y dos autos de fe y Arcos setenta y cuatro.

Las repetidas sublevaciones durante la guerra de Sucesion dieron pretexto á Felipe para quitar sus constituciones á Aragon y Valencia; y en las córtes de 1713 hizo cambiar el orden de sucesion castellana, de modo que las mujeres

no pudiesen suceder sino cuando se extinguiese la línea masculina, en la cual se admitia el derecho de representacion (1). Como compensacion de las grandes pérdidas que la nueva dinastía habia ocasionado á España, le dió el sentimiento del orden y el ejemplo de la disciplina; enseñóse un nuevo arte de guerra; se establecieron ménos rígidas ceremonias, y el ministerio del cardenal Alberoni manifestó que España era capaz todavía de figurar entre las primeras naciones de Europa. Los grandes veían con malos ojos á Felipe, porque les faltaba á ciertos miramientos que pretendian; pero el pueblo no queria tan mal al rey como á la intrigante reina Isabel de Farnesio, la cual continuó la obra de engrandecimiento empezada por Alberoni, y trató de recuperar para su familia lo que los tratados de paz anteriores le habian quitado. Sintiendo Felipe V algun escrúpulo acerca de la validez del testamento de Carlos II, abdicó á los cuarenta y un años: esto es, depuso el peso de los negocios que no habia llevado, y conservó las rentas del reino, pues que se reservó tres millones anuales, ademas de los tesoros acumulados en San Ildefonso, delicioso retiro en cuya construccion se habian gastado cuarenta y cinco millones de duros.

Felipe habia hecho voto de no volver á tomar la corona; pero cuando el infante Luis, que le habia sucedido, murió de viruelas, una junta de teólogos decidió que estaba obligado á volver al gobierno bajo la pena de pecado mortal, la reina lo solicitó por amor al poder y con esto volvió á « sacrificar su propia felicidad al bien de sus súbditos. » Entónces se sometió á los consejos de Guillermo de Ripperdá, de Groninga, que habiendo venido de embajador á Madrid por los Estados Generales, se habia conquistado la gracia del rey, y principalmente la de la reina, á cuya ambicion y venganzas servia. Ripperdá ideó grandes designios para restaurar el reino, las manufacturas, el comercio, y prometia inmensos beneficios al país, pero al llegar á la ejecucion se vió que todo era pura charlatanería, y la indignacion pública obligó á deponerlo (2).

(1) Á la muerte de Fernando VII sin sucesion masculina en 1833, se habló mucho de esta ley. Inoportunamente la convalidaron algunos con la ley sálica que excluye para siempre del trono á las mujeres, y que tiene fuerza en Francia y en los antiguos electorados, donde proviene de derechos feudales ó pactos hereditarios, como entre las casas de Sajonia, Brandeburgo (pero no en el reino de Prusia) y Hesse. En la sucesion por línea de *cognacion pura* tienen igual derecho los varones y las hembras, solo que en grados iguales prevalecen los varones sobre sus hermanas, aunque estas sean mayores, arreglándose en lo demás á la representacion romana, de modo que la hija de un varon es preferida á su tío si este es menor que el padre de aquella. De esta suerte se hace en Inglaterra, en Portugal, y se hacia en Castilla, en Aragon y en Navarra, causa por la que mudaron muchas veces de dinastía. Felipe quiso impedir este cambio introduciendo la sucesion por *cognacion mixta*, que llama á las mujeres solamente cuando en una línea no hay varon proveniente de varon. Esta ley fué abolida por Fernando VII en la pragmática de 29 de marzo de 1830, para que la sucesion del reino correspondiese á su hija Isabel en perjuicio de su hermano Don Carlos: con esto el rey no hizo mas que restablecer el antiguo orden de sucesion y conformarse con lo que las córtes de 1789 habian pedido á Carlos IV.

(2) Ripperdá fué encerrado en el alcázar de Segovia, de

1724.
15 d.
enero.

Luis.